

CUARESMA 2026



LECTIO DIVINA

“Yo soy la Resurrección y la vida”.
(Jn 11, 25)



LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD
DELEGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN
VICARIA PARA LA PASTORAL
ARZOBISPADO DE SANTIAGO

INDICE

Miércoles de Ceniza 18 de febrero Mateo 6, 1-6.16-18	05
Primer Domingo de Cuaresma 22 de febrero Mateo 4, 1-11	09
Segundo Domingo de Cuaresma 01 de marzo Mateo 17, 1-9	13
Tercer Domingo de Cuaresma 08 de marzo Juan 4, 5-42	18
Cuarto Domingo de Cuaresma 15 de marzo Juan 9, 1-41	24
Quinto Domingo de Cuaresma 22 de marzo Juan 11, 1-45	31





INTRODUCCIÓN

La Cuaresma es un camino espiritual que la Iglesia nos propone recorrer como comunidad creyente, dejándonos conducir por la Palabra de Dios hacia una renovación profunda de la vida. No se trata solo de un tiempo de prácticas externas, sino de un proceso interior en el que el Señor sale a nuestro encuentro para sanar, iluminar y devolvernos a lo esencial de la fe.

Este subsidio de Lectio Divina para el tiempo de Cuaresma quiere acompañar ese itinerario, ayudándonos a escuchar la Palabra, a confrontar nuestra vida con ella y a traducirla en gestos concretos de conversión, fe y testimonio. Domingo tras domingo, el Evangelio nos presenta encuentros decisivos con Jesús: en el desierto, en el monte, junto al pozo, ante la ceguera y frente a la Pascua. En cada uno de ellos, el Señor revela quién es Él y quiénes estamos llamados a ser nosotros como discípulos.

La propuesta de estas lectio divina busca favorecer un encuentro personal y comunitario con Cristo, de modo que su Palabra sea escuchada, acogida, contemplada y encarnada en la vida cotidiana. Este camino nos invita a volver al centro de nuestra fe, a dejarnos transformar por el amor de Dios y disponernos a celebrar la Pascua con mayor profundidad, gratitud y compromiso cristiano.

Les invitamos a vivir estas lectio divina en comunidad, convocando a la familia, amigos, vecinos y a toda la comunidad, para encontrarnos juntos con el Señor en la oración de su Palabra.

Es un camino sencillo y profundamente hermoso, que nos permite profundizar en los fundamentos de nuestra fe y crecer en el amor a Dios y al prójimo, dejando que la Palabra ilumine y transforme nuestra vida cotidiana.

La expresión latina *Lectio Divina* puede ser traducida como Lectura orante de la Palabra de Dios que se desarrolla bajo la acción del Espíritu Santo, por lo que se transforma en un diálogo con Dios.

Más que un método de lectura de la Biblia, es una experiencia de encuentro con el Señor, que fortalece a la Iglesia como pueblo de Dios que discierne su voluntad.



Pasos de la Lectio Divina:

1. **Lectura:** Su objetivo es orientar hacia la interiorización de la Palabra, captar las ideas principales, profundizar, sentir y apropiarse del texto.
2. **Meditación:** Busca actualizar el texto e insertarlo en el horizonte personal, en la vida concreta, en mi realidad personal y/o comunitaria.
3. **Oración:** Es el fruto de lo que provoca en mí la Palabra escuchada y meditada. La Palabra de Dios, convertida en oración se vuelve en nosotros motivo de alabanza, súplica, agradecimiento, confianza, arrepentimiento, fuerza, bendición, celebración, porque todo se funde en un diálogo profundo con Dios.
4. **Contemplación/Acción:** Es entrar en un estado de silencio y escucha profunda, buscando la presencia del Señor y permitiendo que su Palabra transforme el corazón. La Palabra de Dios ilumina y transforma la realidad personal y social, llevándonos a asumir compromisos concretos con el Reino de Dios.

MIÉRCOLES DE CENIZA

“Tu Padre, que ve en lo secreto,
te recompensará” (Mt 6, 4)

18 de febrero

INVOCAR

Espíritu Santo,
ven y habita en nuestro corazón.
Dispón nuestra vida para acoger la Palabra
que hoy nos llama a la conversión sincera.
Enséñanos a orar, a dar y a ayunar
con un corazón humilde y verdadero,
para vivir este tiempo de Cuaresma
como un camino de retorno al Padre.
Amén.



Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos: de lo contrario, no recibirán ninguna recompensa del Padre que está en el cielo. Por lo tanto, cuando des limosna, no lo vayas pregonando delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser honrados por los hombres. Les aseguro que ellos ya tienen su recompensa.

Cuando tú des limosna, que tu mano izquierda ignore lo que hace la derecha, para que tu limosna quede en secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes oren, no hagan como los hipócritas: a ellos les gusta orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos. Les aseguro que ellos ya tienen su recompensa.

Tú, en cambio, cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan. Les aseguro que con eso, ya han recibido su recompensa.

Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno no sea conocido por los hombres, sino por tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

Palabra del Señor.



MEDITAR

En el Evangelio de este Miércoles de Ceniza, Jesús nos invita a revisar la intención profunda de nuestras prácticas religiosas. La limosna, la oración y el ayuno, gestos propios del camino cuaresmal, no tienen sentido si se viven como una apariencia o una búsqueda de reconocimiento ante los demás.

Jesús propone una espiritualidad del corazón, discreta y auténtica, que se vive ante el Padre que ve en lo secreto. No se trata de cumplir gestos externos, sino de permitir que ellos expresen un deseo verdadero de conversión, de confianza y de relación filial con Dios. La Cuaresma comienza así como un llamado a volver a lo esencial: vivir para Dios y no para la mirada ajena.

- ¿Qué suscita en nuestros corazones el inicio de la Cuaresma, cuando comenzamos este camino con el signo del Miércoles de Ceniza?
- ¿Cómo vivimos, en lo concreto de nuestra vida, la limosna, la oración y el ayuno? ¿Los asumimos como una obligación o una costumbre, o como expresiones vivas de nuestra relación confiada con el Padre que nos ama?

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Padre Bueno,
que ves en lo secreto y conoces mi corazón,
purifica mis intenciones y mis deseos.
Que mi limosna, oración y ayuno
no sean apariencia ni costumbre vacía,
sino camino sincero de conversión.
Enséñame a vivir para Ti,
con un corazón humilde y confiado.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Contemplemos a Jesús que nos invita a entrar en lo secreto, allí donde no hay aplausos ni miradas externas, donde caen las máscaras y se aquietan los discursos, y solo permanece la verdad del corazón. Nos detenemos un momento en silencio, dejando que su mirada misericordiosa nos alcance, sane y renueve desde dentro.

Desde esta contemplación, asumamos un compromiso concreto para el inicio de la Cuaresma: realicemos gestos de caridad silenciosos, sin esperar agradecimiento ni reconocimiento; reservemos cada día un breve momento de oración personal, cuidando ese espacio como un encuentro íntimo con el Padre; y vivamos un ayuno que ayude a desprenderse de lo superfluo, abriendo el corazón a una mayor disponibilidad hacia los demás.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

“El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mt 4, 4)

22 de febrero

INVOCAR

Espíritu Santo,
abre nuestro corazón y nuestra mente
para escuchar la Palabra que hoy nos habla.
Ilumina nuestro camino,
danos un corazón dócil y disponible,
para acoger, meditar y vivir
la voluntad del Padre.
Amén.



Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el demonio. Después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, sintió hambre. Y el tentador, acercándose, le dijo: «Si tú eres Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en panes».

Jesús le respondió: «Está escrito: "El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"».

Luego el demonio llevó a Jesús a la Ciudad Santa y lo puso en la parte más alta del Templo, diciéndole: «Si tú eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Dios dará órdenes a sus ángeles, y ellos te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece con ninguna piedra"».

Jesús le respondió: «También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios"».

El demonio lo llevó luego a una montaña muy alta; desde allí le hizo ver todos los reinos del mundo con todo su esplendor, y le dijo: «Te daré todo esto, si te postras para adorarme».

Jesús le respondió: «Retírate, Satanás, porque está escrito: "Adorarás al Señor, tu Dios, y a él solo rendirás culto"».

Entonces el demonio lo dejó, y unos ángeles se acercaron para servirlo.

Palabra del Señor.



En el Evangelio de este primer Domingo de Cuaresma, Jesús es llevado al desierto y allí enfrenta la tentación. Satanás intenta apartarlo de la misión que el Padre le ha confiado, proponiéndole ejercer su condición de Hijo de Dios por caminos de poder, prestigio y éxito inmediato.

Sin embargo, Jesús permanece fiel al proyecto del Padre. Rechaza la imagen de un Mesías que busca imponerse o atraer seguidores mediante gestos espectaculares. Así, Jesús nos muestra que el verdadero camino mesiánico pasa por la compasión, especialmente hacia los más necesitados, y por una vida sostenida en la Palabra de Dios.

- Qué tentaciones reconocemos hoy en nuestras propias vidas. ¿Somos capaces de reconocer por ejemplo, aquellas que nos invitan a buscar seguridad, poder o reconocimiento por caminos distintos a la voluntad de Dios?
- ¿De qué manera escuchamos y acogemos la Palabra de Dios cuando atravesamos momentos de desierto, dificultad o prueba, permitiendo que ella ilumine, sostenga y oriente nuestro caminar?
- ¿Cómo se expresa en nuestras decisiones cotidianas la fidelidad al proyecto de Dios? ¿Lo hacemos siguiendo el estilo de Jesús, que es un estilo marcado por la confianza en el Padre, la humildad del servicio y la compasión hacia los demás?

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Señor Jesús,
en los momentos de prueba y desierto,
ayúdame a escuchar tu Palabra y a confiar en ella.
No permitas que busque caminos fáciles, poder o reconocimiento
que me alejen de la voluntad del Padre.
Enséñame a seguirte con un corazón sencillo y fiel,
para vivir cada día sostenido por tu amor y tu verdad.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

En silencio, nos situamos junto a Jesús en el desierto. Contemplamos su serenidad, su confianza plena en el Padre y su firmeza para rechazar todo aquello que no nace del amor. No hay ruido ni gestos espectaculares: solo la Palabra que sostiene, orienta y da vida. Dejamos que su modo de vivir la misión toque nuestros corazones y los vaya configurando.

Desde esta contemplación, nos disponemos a volver a la vida cotidiana con el corazón renovado. Asumimos un compromiso concreto para esta semana de Cuaresma: elegir un gesto sencillo de servicio o de cercanía con alguien que esté atravesando un “desierto”; renunciar conscientemente a actitudes de poder, comodidad o autosuficiencia que nos alejan del estilo de Jesús; y dedicar cada día, aunque sea por un momento breve, un tiempo a la Palabra de Dios, dejando que sea ella la que oriente nuestras decisiones.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

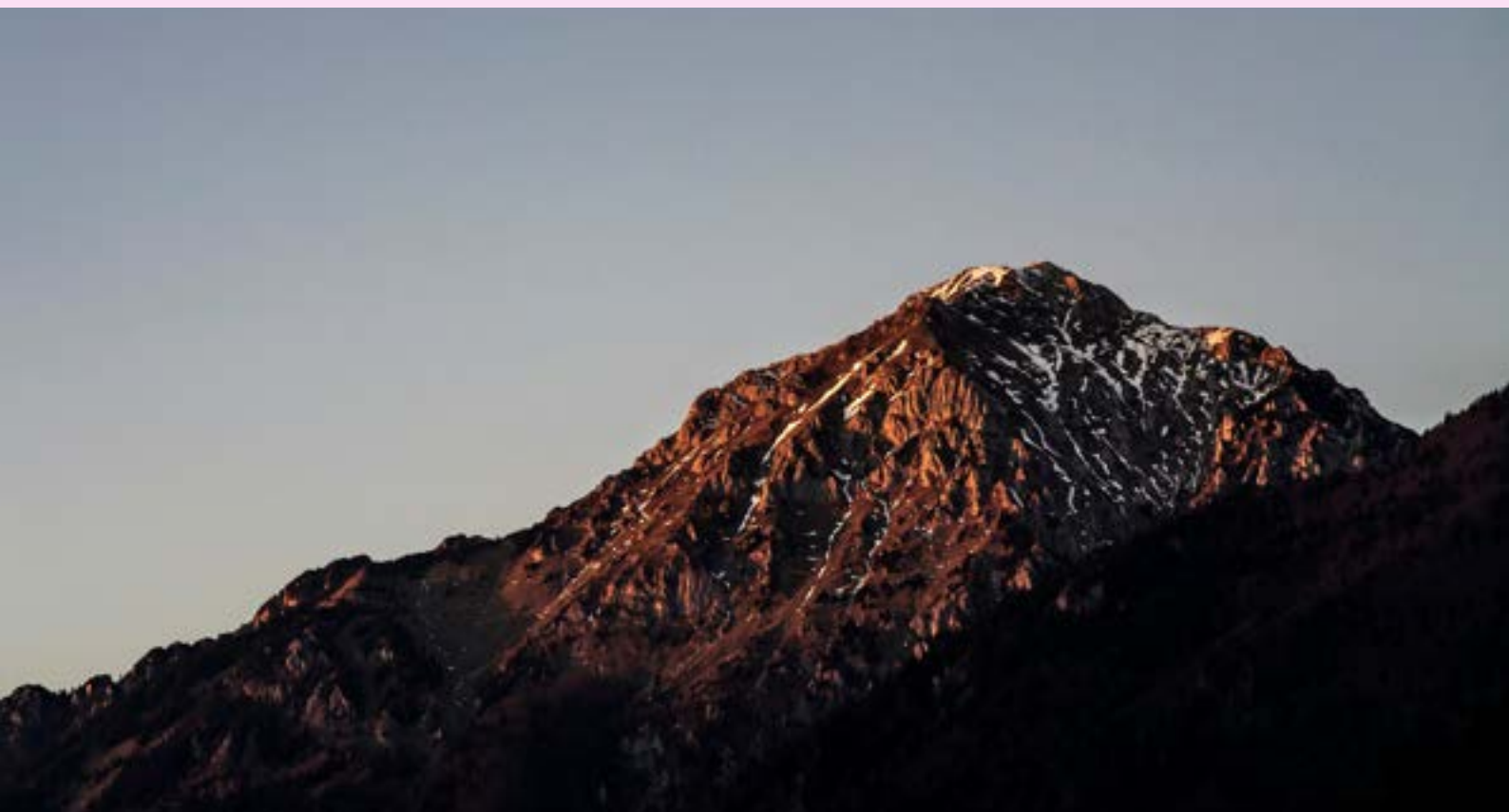
SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

“Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo” (Mt 17, 5)

01 de marzo

INVOCAR

Espíritu Santo,
luz que vienes de lo alto,
abre nuestra mente para comprender la Palabra,
nuestro corazón para acogerla
y nuestra vida para dejarnos transformar.
Guíanos en este camino cuaresmal
para escuchar al Hijo amado del Padre.
Amén.



Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan, y los llevó aparte a un monte elevado. Allí se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandecía como el sol y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz. De pronto se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Jesús. Pedro dijo a Jesús: «Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, levantará aquí mismo tres carpas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías». Todavía estaba hablando, cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra y se oyó una voz que decía desde la nube: «Este es mi Hijo muy querido, en quien tengo puesta mi predilección: escúchenlo». Al oír esto, los discípulos cayeron con el rostro en tierra, llenos de temor. Jesús se acercó a ellos, y tocándolos, les dijo: «Levántense, no tengan miedo». Cuando alzaron los ojos, no vieron a nadie más que a Jesús solo. Mientras bajaban del monte, Jesús les ordenó: «No hablen a nadie de esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos».

Palabra del Señor.



MEDITAR

En el relato de la transfiguración, Jesús revela a sus discípulos quién es verdaderamente: el Hijo amado del Padre, lleno de luz y de gloria. Ante Pedro, Santiago y Juan, su rostro resplandece y el Padre confirma su identidad, invitándolos a escucharlo. Este momento no es un escape de la realidad, sino un don que fortalece la fe de los discípulos, preparándolos para enfrentar el camino de la cruz.

La transfiguración anuncia que el sufrimiento no tiene la última palabra. Aunque no siempre comprendamos todo lo que implica seguir a Jesús, estamos llamados a escucharlo con confianza. Caminar con Él transforma el temor en esperanza, ilumina las noches oscuras y nos da la fuerza necesaria para seguir adelante, sostenidos por la certeza de que la gloria de Dios se manifiesta incluso en medio de la entrega y la cruz.

- ¿Qué realidades o actitudes necesitamos para disponernos a subir al monte con Jesús y encontrarnos con Él?
- En medio de tantas voces y mensajes, ¿a quién escuchamos verdaderamente para orientar nuestras decisiones y nuestra manera de vivir?
- ¿Qué temores habitan hoy en nuestros corazones y de qué modo permitimos que Jesús los toque, los ilumine y los sane con su presencia?

ORAR

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Señor Jesús,
enséñame a escucharte con un corazón atento
y a silenciar los ruidos externos,
para escuchar tu Palabra y estar atento
a tu presencia en los signos de los tiempos.
Cuando el miedo me paraliza, acércate y tócame
con tu presencia que consuela y fortalece.
Dame la gracia de seguirte fielmente,
no solo en la luz del monte,
sino también al bajar al camino cotidiano
y cargar la cruz contigo.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

En silencio, nos detenemos y permanecemos en la presencia del Señor. Contemplamos a Jesús transfigurado delante de nosotros: su rostro lleno de luz, su vida entregada, su gloria que anticipa la Pascua. No necesitamos decir nada. Escuchamos al Padre que vuelve a pronunciar su palabra de amor: «*Este es mi Hijo amado, escúchenlo*». Dejamos que esa voz atraviese nuestros miedos y resistencias, y descansamos unos momentos en su presencia, confiando en Él.

Desde esta contemplación, nos disponemos a bajar del monte y volver a la vida diaria con el corazón transformado. Asumimos gestos concretos: buscar cada día un momento de silencio para escuchar a Jesús en su Palabra; elegir una actitud de confianza frente a una dificultad concreta; y acompañar con cercanía y esperanza a quienes hoy viven el temor o el cansancio. Así, la luz contemplada se hace vida, y el camino con Jesús se vuelve fuente de esperanza y fortaleza para todos.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

“Si conocieras el don de Dios” (Jn 4, 10a)

08 de marzo

INVOCAR

Espíritu Santo,
agua viva que brota del corazón de Dios,
ven y abre nuestro interior a tu Palabra.
Enséñanos a reconocer nuestra sed más profunda
y a dejarnos encontrar por Jesús,
para que nuestra vida sea transformada.
Amén.



Llegó a una ciudad de Samaría llamada Sicar, cerca de las tierras que Jacob había dado a su hijo José. Allí se encuentra el pozo de Jacob. Jesús, fatigado del camino, se había sentado junto al pozo. Era la hora del mediodía. Una mujer de Samaría fue a sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber». Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La samaritana le respondió: «¡Cómo! ¿Tú, que eres judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Los judíos, en efecto, no se trataban con los samaritanos.

Jesús le respondió: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú misma se lo hubieras pedido, y él te habría dado agua viva». «Señor, le dijo ella, no tienes nada para sacar el agua y el pozo es profundo. ¿De dónde sacas esa agua viva? ¿Eres acaso más grande que nuestro padre Jacob, que nos ha dado este pozo, donde él bebió, lo mismo que sus hijos y sus animales?».

Jesús le respondió: «El que beba de esta agua tendrá nuevamente sed, pero el que beba del agua que yo le daré, nunca más volverá a tener sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en manantial que brotará hasta la Vida eterna».

«Señor, le dijo la mujer, dame de esa agua para que no tenga más sed y no necesite venir hasta aquí a sacarla». Jesús le respondió: «Ve, llama a tu marido y vuelve aquí». La mujer respondió: «No tengo marido». Jesús continuó: «Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no es tu marido; en eso has dicho la verdad». La mujer le dijo: «Señor, veo que eres un profeta. Nuestros padres adoraron en esta montaña, y ustedes dicen que es en Jerusalén donde se debe adorar».

Jesús le respondió: «Créeme, mujer, llega la hora en que ni en esta montaña ni en Jerusalén se adorará al Padre. Ustedes adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación viene de los judíos. Pero la hora se acerca, y ya ha llegado, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque esos son los adoradores que quiere el Padre. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad».

La mujer le dijo: «Yo sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo». Jesús le respondió: «Soy yo, el que habla contigo». En ese momento llegaron sus discípulos y quedaron sorprendidos al verlo hablar con una mujer. Sin embargo, ninguno le preguntó: «¿Qué quieres de ella?» o «¿Por qué hablas con ella?». La mujer, dejando allí su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: «Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿No será el Mesías?». Salieron entonces de la ciudad y fueron a su encuentro. Mientras tanto, los discípulos le insistían a Jesús, diciendo: «Come, Maestro». Pero él les dijo: «Yo tengo para comer un alimento que ustedes no conocen». Los discípulos se preguntaban entre sí: «¿Alguien le habrá traído de comer?».

Jesús les respondió: «Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra. Ustedes dicen que aún faltan cuatro meses para la cosecha. Pero yo les digo: Levanten los ojos y miren los campos: ya están madurando para la siega. Ya el segador recibe su salario y recoge el grano para la Vida eterna; así el que siembra y el que cosecha comparten una misma alegría. Porque en esto se cumple el proverbio: «Uno siembra y otro cosecha». Yo los envié a cosechar adonde ustedes no han trabajado; otros han trabajado, y ustedes recogen el fruto de sus esfuerzos».

Muchos samaritanos de esta ciudad habían creído en él por la palabra de la mujer, que atestiguaba: «Me ha dicho todo lo que hice». Por eso, cuando los samaritanos se acercaron a Jesús, le rogaban que se quedara con ellos, y él permaneció allí dos días. Muchos más creyeron en él, a causa de su palabra. Y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo».

Palabra del Señor.



En el encuentro junto al pozo, Jesús se acerca a la mujer, que en su contexto prohíbe hablar a una mujer en público. Al pedirle agua, Jesús se hace cercano y vulnerable, pero al mismo tiempo abre un diálogo que va mucho más allá de lo inmediato, revelando un amor que conoce el corazón y lo sana desde dentro.

Jesús dialoga con una mujer reconociendo su dignidad y estableciendo con ella una relación de igualdad. Con respeto y misericordia, la conduce a descubrir su sed más profunda y a acoger la verdad de su vida. En este encuentro, Jesús se le revela como el Mesías, la introduce en una fe vivida en el Espíritu y la transforma en discípula y misionera, capaz de anunciar a otros la experiencia del encuentro con Él.

Jesús no solo pide agua: ofrece una vida nueva, el don del agua viva que sacia la sed más profunda. Cuando nos dejamos encontrar por Él, nuestra propia historia es iluminada y transformada. La sed se convierte entonces en misión: como la mujer samaritana, somos enviados a dar testimonio de lo que Él ha hecho en nosotros, anunciando con la vida que el encuentro con Cristo renueva y da sentido.

- ¿Cuál es hoy la sed más profunda de nuestros corazones y qué anhelos buscan ser saciados?
- ¿En qué “pozos” o seguridades intentamos calmar nuestra sed, aun sabiendo que no logran darnos vida plena?
- ¿Nos dejamos mirar y encontrar por Jesús con verdad, tal como somos, sin esconder nuestras fragilidades ni poner máscaras ante Él y ante los demás?
- ¿Cómo asumimos hoy la misión que brota del encuentro personal y del diálogo sincero con Cristo?

ORAR

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Señor Jesús,
tú conoces mi historia y mis búsquedas.
Tengo sed de amor, de sentido y de paz.
Dame de tu agua viva
para que no vuelva a tener sed.
Sana lo que está herido en mí
y hazme testigo de tu misericordia.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

En un clima de silencio, nos imaginamos a Jesús sentado junto al pozo, mirándonos con calma y profundidad. Su mirada no apura ni exige; simplemente acoge. Escuchamos su voz que nos dice: «Si conocieras el don de Dios...». Permanecemos unos momentos sin palabras, dejando que su presencia y su mirada llenen nuestros vacíos y despierten la sed más honda del corazón, esa que solo Él puede saciar.

Desde esta contemplación, nos disponemos a volver a la vida cotidiana con un corazón renovado. Asumimos gestos concretos: buscar cada día a Jesús en la oración, reconociendo con humildad nuestra propia sed; renunciar a aquello que no nos da vida verdadera; dar un testimonio sencillo de la fe con palabras y acciones coherentes; y acercarnos con respeto y misericordia a quienes son ignorados o excluidos. Así, el encuentro con Cristo se transforma en una fuente que brota para la vida de los demás.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

“Antes yo era ciego y ahora veo” (Jn 9, 25)

15 de marzo

INVOCAR

Espíritu Santo,
luz que abre nuestros ojos y nuestro corazón,
líbranos de las cegueras que nos impiden reconocer
a Jesucristo como nuestro Salvador.
Danos la valentía y la humildad
para confesar ante los demás
la obra maravillosa que has realizado en nuestra vida.
Amén.



Al pasar, vio a un hombre ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién ha pecado, él o sus padres, para que haya nacido ciego?». «Ni él ni sus padres han pecado, respondió Jesús; nació así para que se manifiesten en él las obras de Dios.

Debemos trabajar en las obras de aquel que me envió, mientras es de día; llega la noche, cuando nadie puede trabajar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo»

Después que dijo esto, escupió en la tierra, hizo barro con la saliva y lo puso sobre los ojos del ciego, diciéndole: «Ve a lavarte a la piscina de Siloé», que significa "Enviado". El ciego fue, se lavó y, al regresar, ya veía. Los vecinos y los que antes lo habían visto mendigar, se preguntaban: «¿No es este el que se sentaba a pedir limosna?». Unos opinaban: «Es el mismo». «No, respondían otros, es uno que se le parece». El decía: «Soy realmente yo». Ellos le dijeron: «¿Cómo se te han abierto los ojos?». El respondió: «Ese hombre que se llama Jesús hizo barro, lo puso sobre mis ojos y me dijo: «Ve a lavarte a Siloé». Yo fui, me lavé y vi». Ellos le preguntaron: «¿Dónde está?». El respondió: «No lo sé».

El que había sido ciego fue llevado ante los fariseos. Era sábado cuando Jesús hizo barro y le abrió los ojos. Los fariseos, a su vez, le preguntaron cómo había llegado a ver. El les respondió: «Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo». Algunos fariseos decían: «Ese hombre no viene de Dios, porque no observa el sábado». Otros replicaban: «¿Cómo un pecador puede hacer semejantes signos?». Y se produjo una división entre ellos.

Entonces dijeron nuevamente al ciego: «Y tú, ¿qué dices del que te abrió los ojos?». El hombre respondió: «Es un profeta». Sin embargo, los judíos no querían creer que ese hombre había sido ciego y que había llegado a ver, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron: «¿Es este el hijo de ustedes, el que dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve?». Sus padres respondieron: «Sabemos que es nuestro hijo y que nació ciego, pero cómo es que ahora ve y quién le abrió los ojos, no lo sabemos. Pregúntenle a él: tiene edad para responder por su cuenta». Sus padres dijeron esto por temor a los judíos, que ya se habían puesto de acuerdo para excluir de la sinagoga al que reconociera a Jesús como Mesías. Por esta razón dijeron: «Tiene bastante edad, pregúntenle a él».

Los judíos llamaron por segunda vez al que había sido ciego y le dijeron: «Glorifica a Dios. Nosotros sabemos que ese hombre es un pecador». «Yo no sé si es un pecador, respondió; lo que sé es que antes yo era ciego y ahora veo». Ellos le preguntaron: «¿Qué te ha hecho? ¿Cómo te abrió los ojos?». El les respondió: «Ya se lo dije y ustedes no me han escuchado. ¿Por qué quieren oírlo de nuevo? ¿También ustedes quieren hacerse discípulos suyos?». Ellos lo injuriaron y le dijeron: «¡Tú serás discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés! Sabemos que Dios habló a Moisés, pero no sabemos de dónde es este». El hombre les respondió: «Esto es lo asombroso: que ustedes no sepan de dónde es, a pesar de que me ha abierto los ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores, pero si al que lo honra y cumple su voluntad. Nunca se oyó decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. Si este hombre no viniera de Dios, no podría hacer nada». Ellos le respondieron: «Tú naciste lleno de pecado, y ¿quieres darnos lecciones?». Y lo echaron.

Jesús se enteró de que lo habían echado y, al encontrarlo, le preguntó: «¿Crees en el Hijo del hombre?». El respondió: «¿Quién es, Señor, para que crea en él?». Jesús le dijo: «Tú lo has visto: es el que te está hablando». Entonces él exclamó: «Creo, Señor», y se postró ante él.

Después Jesús agregó: «He venido a este mundo para un juicio: Para que vean los que no ven y queden ciegos los que ven».

Los fariseos que estaban con él oyeron esto y le dijeron: «¿Acaso también nosotros somos ciegos?».

Jesús les respondió: «Si ustedes fueran ciegos, no tendrían pecado, pero como dicen: "Vemos", su pecado permanece».

Palabra del Señor.



MEDITAR

En este Evangelio contemplamos a Jesús que cura a un ciego de nacimiento, realizando un signo que va mucho más allá de la sanación física. Este gesto nos invita a reflexionar sobre nuestras propias cegueras, aquellas que nos impiden ver con claridad el obrar de Dios en nuestra vida. La curación revela la misericordia divina que actúa gratuitamente y nos cuestiona sobre nuestra actitud frente a los dones y sanaciones que hemos recibido del Señor.

La sanación del ciego desencadena una serie de interrogatorios y conflictos con los sumos sacerdotes y fariseos, quienes se cierran a la novedad de Dios. El hombre sanado, en cambio, atraviesa un camino de fe que lo lleva incluso a ser expulsado del templo; sin embargo, en ese momento de exclusión, Jesús sale a su encuentro y se revela como el Mesías. Juan presenta los hechos de tal manera que no podemos quedar indiferentes: la Palabra se hace viva y nos interpela, invitándonos a reconocer nuestra propia ceguera y nuestra profunda necesidad de ser iluminados y sanados por Cristo.

- ¿Cuáles son hoy las cegueras personales, espirituales o comunitarias de las que necesitamos ser sanados por el Señor?
- ¿Nos dejamos tocar y transformar por Cristo, confiando en su acción sanadora incluso cuando no comprendemos del todo sus caminos?
- Cuando reconocemos la obra de Dios en nuestra vida o en la de otros, ¿la anunciamos con gratitud y alegría, o reaccionamos con desconfianza y cierre del corazón, como los fariseos?

ORAR

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Señor Jesús,
te doy gracias porque desde el Bautismo
has puesto tu luz en mi vida.
Hoy vuelvo a Ti con confianza,
sabiendo que aun en mis sombras
tu mirada me busca y me sostiene.
Renueva en mí la alegría de ver con tu luz
y condúceme con esperanza por tus caminos.
Amén.

En silencio, contemplamos a Jesús que se inclina, mezcla barro y toca los ojos del ciego. En ese gesto sencillo se unen el mundo y el Espíritu, la fragilidad humana y la fuerza sanadora de Dios. Quien era ciego comienza a ver, y en su camino reconoce con claridad lo que otros, creyéndose videntes, no logran percibir. Permanecemos unos momentos en esta escena, dejando que el Señor nos toque también a nosotros, conscientes de que la esperanza renace cada vez que aceptamos nuestra necesidad de ser sanados por Él.

Desde esta contemplación, nos comprometemos a gestos concretos: reconocer con humildad nuestras propias cegueras y presentarlas al Señor en la oración; abrir los ojos para descubrir, cerca de nosotros, a quienes necesitan luz y esperanza; y compartir con ellos la acción sanadora de Dios mediante un gesto sencillo de cercanía, escucha o ayuda concreta. Así, la luz recibida no se guarda para uno mismo, sino que se transforma en signo de esperanza para otros.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

QUINTO DOMINGO DE CUARESMA

“Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí,
aunque muera, vivirá” (Jn 11, 25)

22 de marzo

INVOCAR

Espíritu Santo,
fuente de vida y esperanza en medio del dolor,
abre nuestro corazón para reconocer en Jesucristo
al Señor que vence la muerte y nos llama a la vida.
Danos una fe confiada, como la de Marta y María,
para creer aun cuando todo parece perdido
y acoger tu acción salvadora en nuestra historia.
Amén.



Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y de su hermana Marta. María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el que estaba enfermo. Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, el que tú amas, está enfermo». Al oír esto, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro. Sin embargo, cuando oyó que este se encontraba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba. Después dijo a sus discípulos: «Volvamos a Judea». Los discípulos le dijeron: «Maestro, hace poco los judíos querían apedrearte, ¿quieres volver allá?».

Jesús les respondió: «¿Acaso no son doce las horas del día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo; en cambio, el que camina de noche tropieza, porque la luz no está en él».

Después agregó: «Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo». Sus discípulos le dijeron: «Señor, si duerme, se curará». Ellos pensaban que hablaba del sueño, pero Jesús se refería a la muerte. Entonces les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por ustedes de no haber estado allí, a fin de que crean. Vayamos a verlo». Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él». Cuando Jesús llegó, se encontró con que Lázaro estaba sepultado desde hacía cuatro días. Betania estaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros. Muchos judíos habían ido a consolar a Marta y a María, por la muerte de su hermano.

Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa. Marta dio a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Pero yo sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta le respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día».

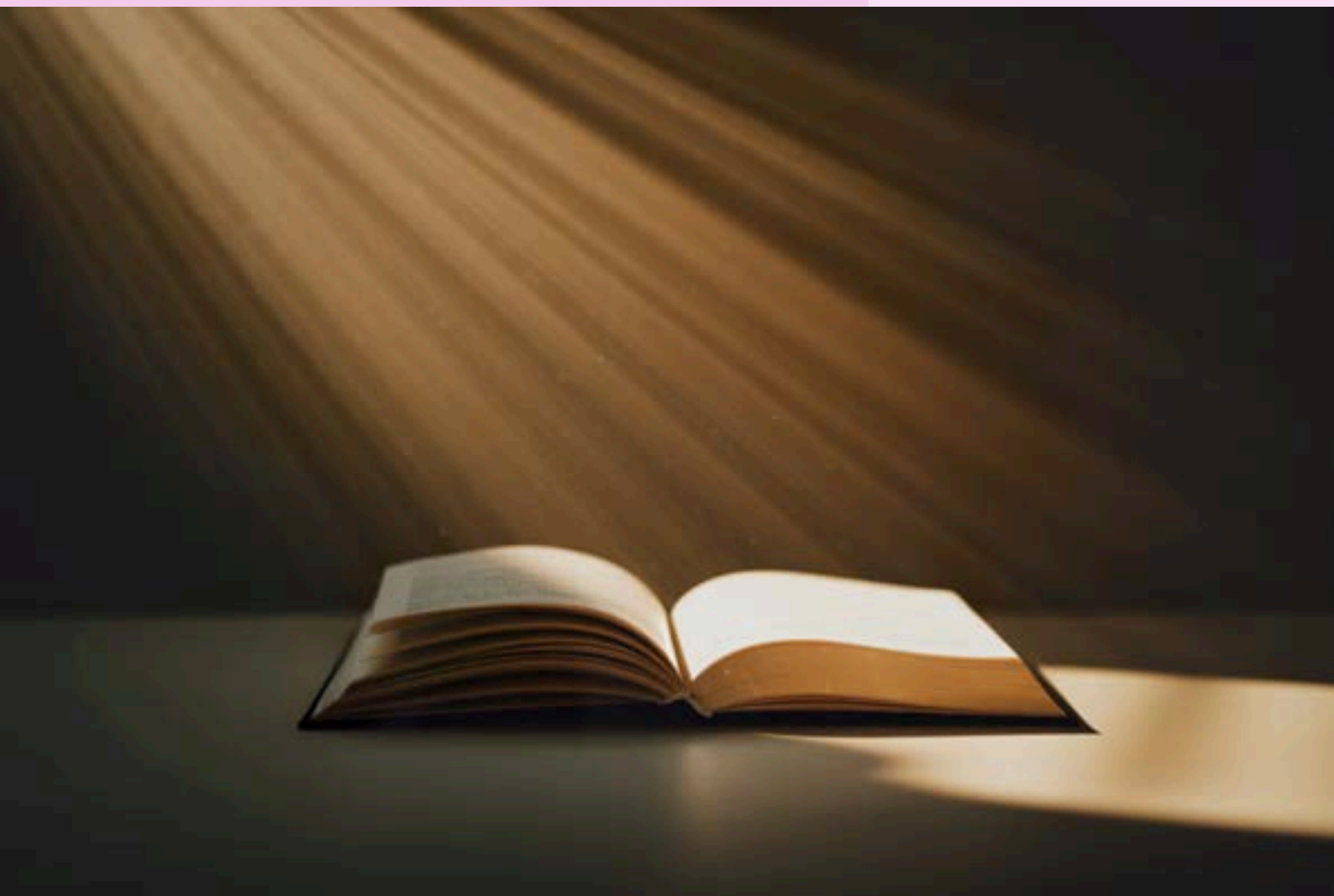
Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?».

Ella le respondió: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo». Después fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: «El Maestro está aquí y te llama». Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro. Jesús no había llegado todavía al pueblo, sino que estaba en el mismo sitio donde Marta lo había encontrado. Los Judíos que estaban en la casa consolando a María, al ver que esta se levantaba de repente y salía, la siguieron, pensando que iba al sepulcro para llorar allí. María llegó adonde estaba Jesús y, al verlo, se postró a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto». Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado, preguntó: «¿Dónde lo pusieron?». Le respondieron: «Ven, Señor, y lo verás». Y Jesús lloró. Los judíos dijeron: «¡Cómo lo amaba!». Pero algunos decían: «Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podría impedir que Lázaro muriera?». Jesús, conmoviéndose nuevamente, llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima, y le dijo: «Quiten la piedra». Marta, la hermana del difunto, le respondió: «Señor, huele mal; ya hace cuatro días que está muerto». Jesús le dijo: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?».

Entonces quitaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo sé que siempre me oyes, pero le he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado».

Después de decir esto, gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, ven afuera!». El muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: «Desátenlo para que pueda caminar». Al ver lo que hizo Jesús, muchos de los judíos que habían ido a casa de María creyeron en él.

Palabra del Señor.



Hemos llegado al tramo final de la Cuaresma, tiempo de conversión y de retorno al corazón de la fe. El relato de la resurrección de Lázaro nos sitúa ante una revelación decisiva: Jesús se manifiesta como el Mesías, Señor de la vida y vencedor de la muerte. Su cercanía al dolor humano, expresada en el llanto ante la tumba del amigo, muestra su plena humanidad; pero su palabra poderosa, capaz de llamar a Lázaro fuera del sepulcro, revela con claridad su identidad divina. En este signo culminante, el séptimo en el Evangelio de Juan, se nos invita a reconocer en Jesús al Salvador que no permanece indiferente ante nuestro sufrimiento.

Este acontecimiento marca también el punto de quiebre definitivo entre Jesús y los poderes religiosos de su tiempo, pues la vida que Él ofrece desborda toda lógica de control y amenaza a quienes se aferran a la muerte. Ante Marta, Jesús pronuncia una pregunta que atraviesa los siglos: «Yo soy la resurrección y la vida... ¿crees esto?». No es solo una afirmación teológica, sino una interpelación personal. En este final de Cuaresma, cada creyente es llamado a responder con fe, dejando que Cristo ilumine sus propias oscuridades y abra caminos de vida nueva allí donde todo parece perdido.

- El Evangelio de Juan nos dice que Jesús amaba profundamente a Marta, a su hermana y a Lázaro (cf. Jn 11,5). ¿Cómo experimentas hoy el amor de Jesús en tu propia vida?
- ¿Cómo resuena en nuestros corazones la pregunta de Jesús a Marta: «Yo soy la resurrección y la vida... ¿crees esto?», y de qué manera esta fe transforma nuestra manera de vivir y de esperar?
- ¿De qué forma estamos llamados a acompañar a otros en sus dolores y pérdidas, siendo testigos de la esperanza y de la vida nueva que Cristo ofrece?

En clima de oración y con plena confianza, presentemos al Señor nuestras súplicas, permitiendo que Él acoja y transforme lo que habita en lo profundo de nuestro corazón.

Señor Jesús,
te doy gracias porque en la resurrección de Lázaro
me revelas que la vida nueva es don de tu amor.
Tus lágrimas abrazan mi dolor y el de toda la humanidad.
Aumenta mi fe para creer que Tú eres la resurrección y la vida,
y enséñame a vivir y acompañar a otros
con esperanza y fraternidad.
Amén.

CONTEMPLAR / ACTUAR

Contemplamos, Señor, los lugares de nuestra vida donde la muerte ha dejado huella: pérdidas, rupturas, dolores y silencios. Allí reconocemos también tu presencia que no abandona, tu llanto que consuela y tu palabra que promete vida más allá de todo sepulcro. Al ver a Lázaro salir a la luz, descubrimos que nuestra historia no está cerrada por la muerte, sino abierta por tu amor, y que toda la creación, en su constante renacer, anuncia la esperanza de tu Reino.

Movidos por esta fe, nos comprometemos a ser instrumentos de vida y esperanza. Ofrecemos nuestra oración por quienes viven alejados de la fe, para que tu gracia gratuita los alcance, y por quienes han sido heridos por la cultura del descarte. Que nuestros gestos cotidianos, nuestras palabras y nuestras opciones den testimonio de que Tú eres la resurrección y la vida, hoy y siempre.

Con la certeza de que Dios nos ama profundamente, recemos el Padre Nuestro y el Ave María, poniendo nuestra vida en sus manos.

Síguenos en las Redes Sociales del Área de Liturgia y Espiritualidad del Arzobispado de Santiago

Instagram



@Liturgiayespiritualidad

Facebook



ABP - Arzobispado de Santiago

Web



www.liturgiayespiritualidad.cl

YouTube



Liturgia y Espiritualidad



LITURGIA Y ESPIRITUALIDAD
DELEGACIÓN PARA LA EVANGELIZACIÓN
VICARIA PARA LA PASTORAL
ARZOBISPADO DE SANTIAGO